

MEDITACIÓN DEL JUEVES SANTO

LAVAR LOS PIES A LOS HERMANOS

Pedagogía del Reino

EN LA Última Cena, según el Cuarto Evangelio (Jn 13, 1-15), en un clima cargado de honda emotividad por la despedida del Señor ante su inminente condena al suplicio de la cruz, Jesús lavó los pies a sus discípulos. Gesto extraño, pero cargado de un significado tan trascendental, que siempre podremos encontrar en él, los que queremos ser seguidores del Nazareno, un punto de referencia para hacer más auténtica nuestra vida y tarea cristianas en el mundo.

En tal escena, sin duda una de las más bellas de toda la literatura religiosa universal, suficiente para acceder al más vivo conocimiento del Corazón de Dios revelado por Jesús, ocurrieron (debieron ocurrir, según nos lo hace entrever el texto *joanneo*) inquietudes y preguntas, llenos del más ardiente interés y preocupación por entender lo que se estaba dando ante sus ojos atónitos. ¡Tanto sugería a los allí presentes el gesto humilde de su Maestro: *Si no te lavo los pies no tendrás parte conmigo!*

Hoy nos toca a nosotros, herederos del peso de veinte siglos de cristianismo, herederos de aquella gesta de amor y de servicio que encarnara la despedida de Jesús, intuyendo que *en eso de lavar los pies se contiene mucho más* que una piadosa tradición repetida año tras año por las iglesias en el Jueves Santo, deseando ardientemente entrar en comunión con el Corazón del Maestro, hoy es deber nuestro interrogar, hasta llegar a saber con sabiduría incuestionable, por qué y cómo Él me ha lavado los pies a mí, por qué y cómo debo lavarlos yo a mis hermanos.

Maestro, ¿por qué me lavas los pies? ¿Qué quieres significar con este gesto humilde, propio de los esclavos?

Los pies sostienen el cuerpo entero. Los pies nos enraízan a la tierra que pisamos, en la que hemos nacido y de la que formamos parte. Los pies nos permiten movernos en el espacio, manifestando así, según la dirección que toman nuestros pasos, los objetivos y anhelos de nuestro vivir y de nuestro amar.

Los pies están orientados a un caminar hacia delante, ¡nunca hacia atrás! (caminar “hacia atrás” es una expresión de desorientación, de pérdida del verdadero norte de nuestros pasos). Son así el símbolo del progreso y de la ascensión a que está llamado el hombre. Los pies, pues, resumen el misterio de la existencia humana: itinerante, peregrina en este mundo hacia su verdadera patria: la casa del Padre, la Comunión Eterna en el Dios Viviente con la entera Creación.

Algo voy comprendiendo, Maestro, algo solamente, aunque ello me parece muy importante; pero aún me queda mucho por comprender. ¡Nunca antes había caído en la cuenta de lo mucho que significan los pies para los seres humanos!

Lavaros los pies significa que mi servicio de Maestro y Señor -según vosotros me llamáis-, ha consistido en enseñaros a caminar por la vida, es decir, a ser libres y a plantearos metas altas de conquista en los auténticos valores humanos. No ha sido lo mío lavaros la cabeza, sino los pies. No he pretendido alimentar el mundo de vuestras ideas, sino desataros de las falsas concepciones de la vida, que dificultan vuestro caminar gozoso y libre, veraz y responsable, audaz y creativo. He querido enseñaros a ser, a que seáis vosotros mismos, siempre fieles a vuestra dignidad humana y a vuestra vocación divina.

Un momento, Maestro, un momento; ¿no estás dando demasiada importancia al papel de los pies en el conjunto del cuerpo humano y del ser total de la persona?

Los pies sostienen todo el cuerpo. Los pies representan la libertad del hombre sobre la tierra. Esa libertad que llevamos en nosotros y que tenemos que defender y acrecentar, como imágenes vivas de un Dios Libre. ¡Pobres hombres y mujeres aquellos que no saben caminar hacia la verdad de sí mismos, hacia el encuentro y comunicación sincera con los hermanos y hacia la confianza y abandono en Dios Padre! ¿Para qué les sirven entonces los pies? La existencia humana sobre la tierra se define como camino. Un camino para cada uno que tenemos que aprender a recorrer, en parte, solos; en parte, acompañados. El que sabe andar su propio camino, puede ayudar a otros muchos a encontrar el suyo propio.

Entonces, Maestro, si no he entendido mal, ¿toda nuestra misión se reduce a lavar los pies de las personas a quienes anunciamos el Reino? ¿Lavando los pies ya estamos predicando la Buena Noticia de la salvación?

Sí; si habéis entendido bien lo que yo he hecho con vosotros a lo largo de estos casi tres años que hemos convivido caminando juntos por Galilea. He querido enseñaros a ser fieles, cada uno a sí mismo, como condición de toda otra fidelidad, incluida la que debemos a nuestro Padre del Cielo. Pues nuestro Padre quiere verse reflejado en cada uno de sus hijos e hijas, que defienden su libertad, aman su individualidad humana, y se disponen gozosamente a servir a sus hermanos. ¿No habéis percibido en todas las curaciones de ciegos, tullidos y leprosos, esa invitación a ser ellos mismos, a caminar por su propio pie en libertad y responsabilidad, hacia las auténticas metas de sus vidas? ¿No habéis entendido que el perdón de los pecados consiste en desatar al pecador de todos sus miedos, complejos de culpabilidad, desconfianzas en sí mismo, para llegar a estar en condiciones de disfrutar más y mejor con los bienes que el Padre les regala cada día?

¿Y, a quién tengo yo, que quiero seguir tus huellas, que deseo con ardiente corazón ser fiel a tu llamada, a quién debo yo lavar los pies, Maestro? ¿A quiénes debo prestar este servicio humilde y desinteresado de ayudarles a ser libres y responsables en la vida, auténticos y fieles a sí mismos?

Son muchos los que esperan de ti ese servicio, aunque muchas veces ni ellos mismos se den cuenta de que lo necesitan. No olvidéis que la libertad asusta al hombre. A menudo los humanos se conforman con migajas de libertad; pero una libertad radical, aquella que nos lanza a la aventura de conquistarnos a nosotros mismos, de vivir para ser, cultivando la propia humanidad lejos de todo

conformismo y afán de seguridades..., esta libertad -única digna de tal nombre-, es muchas veces más temida que deseada por los humanos. ¡Es tan frecuente para los humanos situar su felicidad individual por encima de su libertad personal!

Difícil tarea, pues, Maestro, esta de ayudar a los hombres y mujeres a ser libres...

Por supuesto. Pero siempre encontraréis en vuestro camino evangelizador personas dignas de su humanidad, que esperan de alguien ese gesto fraternal que les ayude a liberarse de sus condicionamientos: dudas, temores, ansiedades, desesperanzas, evasiones... Esas personas que mantienen su rebeldía ante la nada, ante el absurdo y la muerte, y no se resignan a vivir sin su dignidad reconocida y respetada, sin un destino que satisfaga sus más hondas aspiraciones de felicidad y vida. Esas personas son la buena tierra en la que da mucho fruto la palabra evangélica. En los rebeldes e insatisfechos hay ya un largo camino abierto para el encuentro con la voluntad del Padre.

¡Qué hermoso, pues, Maestro, poder prestar en el mundo un servicio tan liberador a nuestros hermanos!

Lo prestarás en la medida en que participes con ellos en sus luchas de liberación. Porque, aunque muchos no sepan que necesitan de la predicación evangélica, lo sabrán al percibir en tu actitud de servicio desinteresado, en tu amor arriesgado por ellos, que lo haces todo por solidaridad en sus problemas y en sus aspiraciones legítimas. *Gratis lo habéis recibido, ¡dadlo gratis!*: será el gozo de sentirte liberado por el Amor del Padre lo que contagiará alegría y afán de libertad en otros. El evangelizador es un comunicador contagioso de su propia libertad.

Con todo, Maestro, no debe ser nada fácil eso de lavar los pies, eso de enseñar a los hombres a ser libres, eso de contagiar a otros la propia alegría de la fe.

Lavaros los pies supuso para mí subir a la cruz. No esperes que te cueste menos. Pero no temas: la cruz se ha revelado para afirmar en el mundo el auténtico e indiscutible humanismo: el que da la vida por los amigos. Rechazar la cruz que te impone ayudar a mujeres y hombres de tu entorno histórico a ser libres, significaría renunciar al poder renovador, de resurrección, que nace de la cruz del amor para el mundo entero. Sólo muriendo en fidelidad a sí mismo y a la tarea que te ha sido encomendada -como el grano de trigo que se pudre para poder llegar a ser espiga granada-, se permanece dando vida a otras vidas.

¿Podrías, Maestro, resumir en unos pocos principios prácticos, cómo aplicar en nuestra tarea evangelizadora, la eficacia de lavar los pies a los hermanos?

Mira, lavar los pies a los hermanos exige paciencia, exige empezar cada día con renovada ilusión la tarea oculta y silenciosa de abrir espacios donde tus hermanas y hermanos puedan tener la experiencia liberadora del Amor del Padre. Motivos de desánimo, nunca te faltarán, incluso vinientes de aquellos mismos a quienes mejor intentas prestar tu servicio evangelizador. Los más auténticos servicios en línea con el Reino suelen ser pagados muy frecuentemente con la incomprensión, el fracaso, la persecución. Pero una vez más os digo: *no temáis; yo he vencido al mundo*, y lo he vencido, precisamente, al ponerme a vuestros pies para desataros

de todo lazo y trampa de mentira, violencia, muerte..., que atentan contra la alegría de vivir como hijos de tan buen Padre. Vosotros también venceréis al mundo si sabéis permanecer a los pies de la humanidad histórica lavándole los pies.

¿Todo lo has encerrado, Maestro, en este gesto de lavar los pies? ¿En él se encuentran todos los aspectos de la pedagogía de nuestra misión en el mundo?

Lavar los pies a tus hermanos será *acogerlos*, aceptándolos tal como son, sin pretender imponer nada, ni lanzar sobre ellos condena alguna en nombre de ninguna ideología ni estructura religiosa ni de poder temporal. Para lavar los pies, yo me he sentado a la mesa con los pecadores, he tocado con mis manos a los leprosos, he aceptado en mi compañía a mujeres, incluso de tachada mala reputación. ¿Y ello por qué? Es la forma de acoger sin discriminar ni marginar a aquellos que más necesitan de nuestro amor, de nuestra sanación, de nuestra capacidad de ver en cada persona un hijo de Dios antes que ninguna otra circunstancia. Acogiendo a las personas tal como son, sin juzgarlas ni pretender cambiarlas, es como llegarán a ser lo que deben ser: esto es lavarles los pies.

Será a partir de esta acogida cordial y abierta como podremos *escucharles*, captando su verdad esencial, la que no pierde ningún pecador por mucho que lo sea, y es la verdad de que el Padre lo ama y lo tiene destinado a eterna comunión con Él. Al escuchar en el fondo de la miseria humana la Misericordia encarnada de Dios, le ayudamos a reconciliarse consigo misma, principio de toda libertad en el camino hacia Dios.

La acogida y la escucha facilitan el *acompañamiento*, mediante el cual, somos eficaces evangelizadores, cuando ayudamos a la persona a mantenerse en actitud de búsqueda, de insatisfacción ante toda mediocridad espiritual, a no renunciar a sus metas de plena realización como criatura única e irrepetible salida de las manos del Creador. Cuando el evangelizado alcanza la alegría de ser él mismo, sin compararse con nadie ni pretender imitar a nadie, ha alcanzado ya una madurez que lo mantendrá siempre abierto a un más allá de sí mismo, en el que se reconocerá a sí mismo, cada vez más y mejor, como siendo el que tiene que ser, y teniendo lo que tiene que tener.

Ya veis, pues, mis amados amigos, que eso de lavar los pies, tal como he hecho con cada uno de vosotros, lo quiero hacer también a través de vosotros con el conjunto de la humanidad. Y podéis comprender, entonces, como resumen de este modo de ser evangelizado y evangelizador al mismo tiempo, que la predicación del Reino en su pedagogía más fundamental, es un *estímulo* constante a cultivar lo mejor que cada uno tiene en sí mismo. En dicho cultivo doy gloria a Dios y sirvo a mis hermanos. Nadie puede desarrollar su verdadera personalidad fuera del servicio humilde y generoso. ¡Nadie! Me llamáis el Maestro y Señor, precisamente, porque mi personalidad se identifica con el servicio que nada pide a cambio. El mayor gozo, la satisfacción que no engríe al que ha sido evangelizado y evangeliza a su vez, es constatar que su *acogido, escuchado, acompañado y estimulado* hermano, hermana, avanza por sí mismo en la experiencia del Amor que plenifica.

Necesitaremos tiempo, tiempo y espacios de reflexión orante, para asimilar tan hondo contenido del lavar los pies a los hermanos. Tal vez nunca podamos dar por aprendida esta enseñanza, tan tuya, Maestro.

Valorar al otro en cuanto otro, ¡tarea imposible sin el amor! Valorar a cada generación como tal generación, en lo que tiene de distinta a las anteriores y en sus demandas más propias; valorar lo joven como joven y lo viejo como viejo, sin contraposiciones humillantes; valorar al discapacitado y al enfermo como portadores de riquezas en el ser que sobrepasan todas sus carencias y limitaciones; valorar al pecador como el que necesita de la sanación que Dios Padre a ninguno de sus hijos niega; valorar al marginado social, al delincuente, porque en ellos la chispa de la imagen divina permanece viva entre escombros y cenizas... ¡Éste es el Amor que os pido de unos a otros, y que es el mismo con que el Padre me amó a mí y os ama a cada uno de vosotros! Amor que valora a la persona humana por ser persona, situándola en su estimación por encima de todos los valores de este mundo, incluso por encima de sí mismo.

¿Cómo es eso, Maestro; no nos dijiste que el Mandamiento era a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo? ¿Es posible amar a otro ser más de lo que uno se ama a sí mismo?

Veréis: la prueba más fehaciente de que uno se ama a sí mismo, con el mismo amor con que es amado de Dios, radica en el hecho de que el que así se siente amado se sabe ya salvado para la vida eterna, y no desdeña entregar su vida temporal por el bien necesario de otros hermanos. Nada pierdo de cuanto soy y tengo, de cuanto he recibido, cuando lo entrego en el gozo de sentirme amado por el Padre, encerrado en su Amor del que nada ni nadie me puede arrebatarse. Si la muerte natural, cuando a uno le llega su hora, no te separa, sino que te une más al Amor Eterno de Padre, ¡cuánto más te atará a dicho Amor la entrega voluntaria de tu vida por el bien de los más pobres! Esto es amar al prójimo incluso por encima de sí mismo: estar dispuesto a darlo todo, a darte, a fin de que el que todavía no lo disfruta, pueda llegar a disfrutar ese gozo maduro de la fe que es saberse ya salvado en el tiempo y para la eternidad por un Amor que nunca muere.

Parece, pues, Maestro, que no se trata de darse uno en un acto de renuncia a la vida propia, sino en el reconocimiento de que su vida propia se la encuentra en el acto de entregarla por el Reino de la Justicia y de la Paz; es decir, en el acto de lavar los pies a sus hermanos. Y que en esto radica toda la eficacia de la predicación evangélica.

Es eficaz todo gesto de entrega del hombre que no se busca a sí mismo, porque el valor de su existencia lo vive identificado con la llegada del Reino, o lo que es igual, con el triunfo de la Dignidad Humana sobre todas las formas de opresión y violencia. Y nada es ya capaz de realizar, la mujer o el hombre que no se buscan a sí mismos, que no sea para que triunfe la Fraternidad Universal, donde cada humano alcance a ser él mismo en el gozo de su ser único compartido con muchos.

En este amor que da la vida por sus amigos, habiendo vencido toda enemistad entre los seres creados, cooperamos con toda nuestra energía vital, todo nuestro ser humano/divino al triunfo de la vida sobre todas las formas de muerte, al

triunfo de la alegría de vivir sobre tantas injurias que pretendieran afean e hicieron sangrar la carne de los más débiles.

Escuchadas las últimas palabras del Maestro, se hace un silencio tan denso, que todos los discípulos sienten como si allí estuviera reunido y concentrado el universo de universos, el Espíritu de la Verdad y de la Vida en toda su plenitud y esplendor. No queda nada más por aprender de Jesús. ¿Puede darse lección más sublime que la de lavar los pies a su amigos? Ante ellos se abre un camino de ahondamiento, que habrá de conducirlos a tener cada uno la misma experiencia del Amor del Padre que su Maestro acaba de testimoniarles: la de llegar a ser personas libres, que dan su vida para la vida del mundo; disponibles, para las distintas maneras de dar la vida por el Reino, con que cada uno se haya de enfrentar en un futuro inmediato.

La escena del lavatorio de los pies ha adquirido el rango de lo Divino puesto al servicio de lo Humano, que habrá de ser el distintivo de cuantos siguen a Jesús el Nazareno.